

POESÍA Y POLICÍA. REDES DE COMUNICACIÓN EN EL PARÍS DEL SIGLO XVIII

Robert Darnton. México D. F.: Cal y Arena, 2011. 256 pp.
Traducido de *Poetry and the Police. Communication Networks in Eighteenth-Century Paris*. Harvard University Press, 2010. 240 pp.

Renán Silva

Universidad de los Andes, Colombia

Vuelve Robert Darnton con el estudio de un problema sobre el que había dejado ya hace varios años pistas regadas en su incansable trabajo de investigador. Y vuelve de nuevo sobre su objeto preferido: la *civilización de lo escrito* y sus implicaciones en el proceso de producir el mundo, de hacerlo representable. Es mejor decirlo así, porque desde hace años las reflexiones de Darnton no pueden definirse con la expresión *historia del libro*, que a veces se ha utilizado, ni con aquella de *historia intelectual*, a la que también se ha recurrido. *Historia cultural* puede ser una expresión más justa, siempre que no se defina la cultura como la fetichización de un dominio autocreado y separado de la vida, sino como una forma ampliada y potenciada de la historia social —aunque desde luego debe advertirse que este problema de designación de un lugar en una disciplina tendría bastante sin cuidado al profesor Darnton, hombre indisciplinado, a cuyo trabajo parece convenirle más la designación de análisis histórico, en toda su inmensa variedad—.

Vuelve Darnton, pues, con investigaciones que redefinen y amplían mucho más su trabajo. Si bien este permanece concentrado, de manera básica, en el siglo XVIII francés, se abre a la consideración de nuevas determinaciones sociales, de nuevas relaciones que ponen de presente el carácter siempre expansivo de los objetos de los que se ocupan los historiadores, cuando localizan nuevas fuentes primarias, que además saben seleccionar —y aquí el repertorio de fuentes, su variedad y calidad, sorprende—, y cuando hacen gala de una imaginación capaz de incorporar

en el análisis histórico de una sociedad eventos que en principio se podrían ver como anecdóticos, pero que resultan definitivos. La incorporación de esos eventos permite un tipo de aproximación a la cultura que nos recuerda que una historia de esta separada del estudio de las otras esferas del acontecer humano deriva solamente en una inversión ingenua y simple del viejo determinismo económico que hace tantos años, con justicia, aunque en forma unilateral, se criticó a las formas dominantes del análisis histórico.

Vuelve el autor de grandes y conocidos trabajos sobre la Ilustración, sobre la *Encyclopédie*, sobre los libros prohibidos, sobre la riqueza de las formas simbólicas en la vida cultural, y lo hace con un asombroso y logrado estudio de las relaciones entre lo oral y lo escrito, entre el sentido y el sonido (la música), y entre la política y la crítica cultural cotidiana, en el marco de la formación de la opinión pública en Francia, en el periodo anterior a la Revolución francesa.

El punto de partida es aquí anecdótico, al parecer: se trata de un episodio de persecución de unos versos que circulaban por París y en los que se decían “cosas infamantes” sobre el rey y su amante principal —en ese momento la muy conocida madame de Pompadour—, sobre la reina, y en general sobre la vida desarreglada, festiva y llena de intriga y rivalidades de la corte, en cuyo centro se encontraba el más grande holgazán de todos: el propio Luis XV, soberano de los franceses y visto por una parte de ellos, en los distintos grupos sociales, como inepto y débil gobernante. El episodio es de 1748-1749, y Darnton no deja de ofrecer el contexto necesario del suceso (que desde luego no era desconocido por los historiadores): las enemistades en la corte, en la que habían tenido su origen los versos insultantes, que luego habían pasado ampliamente entre estudiantes, clérigos, pequeños funcionarios y abogados advenedizos, pero no menos por el mercado y por la plaza pública, por los medios populares, en donde habían sido bien recibidos y dado pie a nuevas bromas y críticas a la corte, al rey, a la reina y a la inevitable madame de Pompadour, y en donde se habían convertido en un “patrimonio de todos”.

Luego vendrá lo que el propio Darnton llama “la escena mayor”: el estudio de los modos de circulación de ese tipo de críticas, de las relaciones entre formas orales y formas escritas, de los cambios de género y su

transformación en canciones populares, y su posterior aparición en los numerosos “cancioneros” de la época. Estos eran impresos que recogían toda esa producción “literaria” transformada, y que de nuevo la introducían en la fantasía crítica de los franceses molestos con su rey y con su corte, descontentos con sus medidas de gobierno, aunque en ese momento ni sediciosos ni mucho menos revolucionarios; simplemente molestos y desconfiados, sin hacer avanzar en absoluto ese “clamor popular” en la dirección de la Revolución francesa, como las visiones teleológicas del proceso concluirían sin mucha reflexión.

El primer problema propuesto por Darnton, el que tiene que ver con las formas de circulación del impreso, es un expediente bien conocido a partir de sus propios trabajos y de su idea de que las sociedades de Antiguo Régimen, como lo indica el caso de París —pero hay muchas más pruebas al respecto— eran sociedades bien informadas, sociedades en las que las noticias (sobre la corte, sobre los precios, sobre la escasez del pan y los alimentos, sobre los consumos suntuarios de las gentes ricas —“los de arriba”—, sobre la política colonial y los tratados imperiales, sobre los líos y disputas entre la corona y la Iglesia) circulaban de manera amplia y eran discutidas e interpretadas, aunque no podamos saber con toda la exactitud que quisiéramos lo que las voces anónimas decían e inventaban acerca de las informaciones recibidas. Estas informaciones, desde luego, como no puede escapársele a quien inició su carrera profesional como periodista del *New York Times*, contenían un buen ingrediente de “deformaciones”, no simplemente producto del interés de algunos y del afán de manipulación, sino a lo mejor un poco más de la propia actividad comunicativa informal de cientos de personas.

Pero a ese problema se agrega el estudio cuidadoso de las relaciones entre lo oral y lo escrito, un punto que me parece que no había aparecido antes en la obra de Darnton con tanta fuerza demostrativa y cantidad y calidad de ejemplos, como lo hace ahora, y con pequeños acentos teóricos que hay que saber asimilar, como cuando se nos recuerda la importancia de las “artes de la memoria” en el proceso comunicativo de la sociedad, más allá del mundo de los académicos. Se pensaría que estas artes de la memoria son cosas puramente limitadas a los clérigos y estudiosos, y sin embargo

resultan ser técnicas ampliamente extendidas por toda la sociedad; aun muchos años después de que se hubieran hecho invisibles en el panorama de la educación formal y de la enseñanza familiar, seguían siendo parte integral del sistema de comunicación de las sociedades de Antiguo Régimen.

Con todo, posiblemente la sorpresa mayor se encuentre en otra parte: en el análisis de la *transformación de los versos en canción*. Pero aquí ya no se trata solo ni principalmente de esos versos de 1748 que se designaron como “el *affaire* de los 14” —por los 14 detenidos por la corona, llevados luego a la Bastilla, a prisiones regionales o al destierro—. Se trata más en general de la *práctica habitual de comunicación* que daba nuevos impulsos, extensiones y velocidades a las quejas y calumnias sobre la corte (y en general sobre la vida social), a partir del momento en que un verso se convertía en balada, en tonadilla, en canción popular de cortas estrofas fáciles de retener. Aquí lo mejor del análisis tiene que ver con la forma como Darnton junta los *tiempos diversos* que se concentran en esas tonadas: de un lado el tiempo presente, coyuntural, inmediato, el del evento narrado, que recorre las tabernas y las calles y se hace significación compartida. De otro lado la *forma musical asociativa*, de *duración mucho mayor* —*longue durée* se diría—, que recorre esos mismos lugares hasta haberse hecho *memoria compartida* para varias generaciones, y que funciona como el molde, el *modelo musical de inscripción* de versos de gran plasticidad que pueden ser sometidos a énfasis, a modificaciones de acento, a grandes cambios contextuales a veces, sobre la base de mantener una musiquilla que sigue siendo una *forma compartida*, que es lo que explica su resistencia al tiempo. Darnton piensa incluso que muchas de esas formas asociativas y su expresión en canciones que se ligan a la vida cotidiana, a una poética del suceso, deben haber sido “fuentes de inspiración” de la tradición posterior de la canción (la famosa *chanson* francesa), que llegará a ser con el tiempo un patrimonio cultural distintivo de los franceses.

“Milagros de la memoria eterna” se diría, “eternidad del recuerdo” —y entre nosotros de manera torpe, según la moda antropológica: “memoria ancestral”—. Pero no hay nada de ello. Se trata de *matrices musicales* muy bien identificadas por Darnton a través de un cuidadoso trabajo de archivo que, tomando como base las pistas que dejó el *verso impreso*, ha

sido capaz de buscar las fuentes melódicas, los viejos cancioneros que, incluyendo nombres y notaciones musicales, han permitido determinar los “marcos sociales de la memoria”, que son los que han facilitado mantener en el recuerdo y trasladar a la voz del cantante y a un público entusiasmado una tradición que podía compartirse; un contenido musical viejo, repleto de “mensajes” articulados a un presente inmediatamente reconocible¹.

Esta identificación de cancioncillas actuales y matrices musicales de “larga duración” —Darnton cree que llevan hasta el siglo XVI; por lo menos ese es el resultado de su búsqueda—, hecha a partir de *pruebas de archivo*, impide todo “populismo cultural” que asociara esas tonadas con una supuesta “creación popular autónoma y espontánea” —como tan a menudo se ha querido realizar—, y le permite mostrar la actividad compartida en el proceso de gentes de “arriba” y de “abajo” de la escala social. Así mismo, le facilita constatar la presencia de géneros diversos, de fuentes multiplicadas, y reconocer en el evento la acción de “manos finas” de representantes del trabajo intelectual y de manos toscas de trabajadores de rudos oficios y de otros humores y lenguajes.

El lector podrá corroborar que una vez más, sin grandes alardes, Darnton va sembrando el camino de pequeños y efectivos elementos de método, entreverados con las propias interpretaciones, que no pueden tener otra traducción que la de nuevas reflexiones por parte del lector, o nuevos impulsos de investigación, si se trata de uno que se dedica a la investigación o tiene ganas de hacerlo. De una parte, lo que se relaciona con los problemas del funcionamiento de la memoria social y colectiva, reducida en el análisis histórico tradicional a la simpleza tautológica que homologa “memoria y recuerdo”. De otra parte, la idea de que los “significados epocales” —¡los que más interesan al historiador!— de esos versos y tonadas no pueden ser captados más que al precio de subsumirlos en el

1 La idea de Darnton de una historia a un tiempo analítica y fuertemente creativa y placentera parece no detenerse. El libro incluye la mención de un “cabaret electrónico” creado por el autor, quien ha hecho grabar, interpretadas por una destacada cantante de cabaret francesa, las canciones entonadas por la gente en las calles de París. Quien quiera darse ese placer puede dirigirse a <www.hup.harvard.edu/features/darpoe>.

torrente de las formas y géneros literarios de ese entonces y en el conjunto de los modos de comunicación dominantes en esa sociedad.

El estudio de ese proceso de crítica social —de sus diversas fuentes y usos—, el análisis del contenido de los versos que circularon (del texto, pero menos del contexto), la investigación detallada de casos como ese “*affaire de los 14*” se instalan en un universo mayor de formas móviles de comunicación pública. Así, permiten que lo que parece a primera vista el estudio de un conocido proceso de “embastillamiento” como consecuencia de la persecución de unos pasquines, o el análisis de las maneras de descontento popular en Francia a mediados del siglo XVIII, se transforme en una discusión sobre uno de los fenómenos más investigados por los historiadores de Europa, de los Estados Unidos y de América Latina desde hace algo más de un cuarto de siglo: *el problema de la formación de la opinión pública moderna*, de las modalidades de relación y las discontinuidades entre los viejos modos de manifestación del descontento con el rey, la corte, los impuestos ..., la holgazanería y los desmanes públicos y privados de los poderosos —dos dimensiones que en verdad esa sociedad no diferenciaba— y la aparición de una *opinión pública informada*, crítica, con la que a partir de cierto momento la sociedad no podía dejar de contar. Pero no se puede confundir este proceso simplemente con una “maduración” de las viejas “demandas y quejas públicas” o con una simple radicalización de los viejos chistes y gracejos con los que se manifestaba un descontento que, a pesar de sus agudezas, no representó nunca una amenaza a la vieja sociedad monárquica, a diferencia de lo que ocurriría *luego* con el surgimiento del llamado “tribunal de la opinión”, un proceso distintivo del mundo moderno, que tiene cronologías diversas según hablemos de Europa, de las colonias inglesas en Norteamérica o de Hispanoamérica en el siglo XVIII.

La posición de Darnton en este libro es clara y repetida, como si el problema fuera una preocupación teórica grande que no quiere dejar en el suspenso y la ambigüedad: a pesar de la aparición de viejos elementos en la nueva realidad designada como opinión pública, entre las viejas formas de manifestación del descontento popular y esa realidad inédita las diferencias son mayores, aun cuando sea imposible (y a lo mejor carezca de

interés) fijar un momento preciso de eclosión definida y sin paso atrás de esa realidad antes desconocida.

No hay pues teleología posible. La existencia de voces críticas muy extendidas, que se quejaban con acritud de la vida social y política en la Francia de los siglos XVII y XVIII, llegando hasta niveles que hoy nos aterrarían y que dejaban en evidencia la francachela en que se mantenía la corte a costa de los impuestos de los franceses y la impotencia de un rey desorientado, sometido a los caprichos de una soberbia madame de Pompadour —un hecho al que en muchos otros textos Darnton le ha seguido la pista—, la existencia de esas voces no debe confundirse con la de una opinión crítica y subversiva, dispuesta a romper el vínculo entre el rey y la sociedad, y a avanzar hacia una forma de gobierno representativo.

Muchas inquietudes quedan para el lector de este libro informado, agudo, simpático, que en un tono desenvuelto analiza problemas sobre los cuales a veces se discurre con demasiado énfasis y “amenaza de teoría” y con pocos resultados empíricos. El primero de esos problemas es el que tiene que ver precisamente con la *teoría*. Años lleva burlándose Darnton —quien tiene por qué conocer la situación, si recordamos su biografía académica— de la *gritería postmoderna* sobre la “necesidad de la teoría” —campo en el cual, sin ninguna grandilocuencia, ha sido un innovador—. En esto de la teoría, y luego de citar a Habermas y con alguna imprecisión a Foucault, dirá que su camino es más bien el de no encerrar la opinión pública, el objeto mayor del libro, “en una definición”, y tratar de “ir detrás de ella, por las calles de París”. Esta es una apuesta arriesgada, que podría ser entendida por un crítico desatento como una oferta empirista dispuesta a dejar de lado toda reflexión analítica para entregarse en brazos de los documentos, pero que en Darnton es una forma típica de llamar la atención sobre ese pozo que hay entre los grandes “enfoques teóricos” y la superficialidad de los resultados en buena parte de la literatura histórica de los últimos treinta años, sobre todo en aquella que se designa a sí misma como “de perspectiva deconstruccionista [¡!]”.

El segundo problema, referido más exactamente al tema de la opinión pública, resulta significativo en un doble registro. A pesar de mantener la idea de una precisa discontinuidad entre la *opinión pública moderna* (ilus-

trada por así decir) y las formas de crítica “plebeya y popular”, de mercado, inscritas ante todo en la queja y en la maldición, en lo que Arlette Farge —una pionera en esta dirección— ha llamado “el mal decir”, Darnton ha sido capaz de mostrar que acentuar las diferencias entre esas dos realidades no significa negar la existencia de una opinión popular, “vieja” en relación con la “nueva” opinión pública, pero no menos eficaz y no menos digna de ser investigada; una opinión popular que, además, no desapareció —no tenía por qué hacerlo— con el advenimiento del tribunal de la opinión moderna y mantuvo su eficacia y espíritu burlón. Como se sabe, en la historiografía francesa de los años 1980 —la historiografía previa al Bicentenario— ha habido de manera innegable un intento por negar la existencia y los alcances de esa vieja opinión popular, como si el surgimiento de la llamada opinión moderna se hubiera producido en un espacio crítico vacío, o como si el hecho de que las antiguas formas de descontento no hubieran superado los marcos mismos del Antiguo Régimen y se encontraran por tanto lejos de la crítica posterior a la monarquía en nombre del principio constitucional de la representación las convirtiera en objeto de poca importancia histórica. Darnton parece no ceder a esa tentación y deja abierto un análisis que marcha en otras direcciones: reconocer la relación entre dos dimensiones de la crítica (la popular y la ilustrada) y llamar la atención sobre ella.

Para los historiadores en la América hispana —o latina, como se prefiera— las enseñanzas de este libro son notables. No solo en relación con pequeños y valiosos preceptos de método y de práctica del análisis histórico que hay de manera explícita e implícita en sus páginas. También en relación con sus objetos mayores: las formas de comunicación y la opinión pública. En cuanto a lo segundo, es notable que de México a Argentina, pasando por Colombia, las tesis sobre la opinión pública que vienen de Francia (de François Furet y Mona Ozouf a François-Xavier Guerra, con todos los relevos imaginables) o de los Estados Unidos (a través de síntesis como las de Keith Baker) han sido conocidas y en buena medida bien asimiladas, en un proceso que ha abierto el camino de una fuerte renovación historiográfica en esos campos. Pero luego de que la puerta se ha abierto, parece que el avance no ha sido mayor y el análisis, a veces poco documentado, se ha convertido en una cierta repetición ritual

de las tesis revisionistas expuestas con ocasión del Bicentenario francés, sin que los elementos más singulares del proceso hispanoamericano se puedan revelar.

En cuanto al problema de las formas de comunicación dominantes en la sociedad colonial y los modos de relevo entre lo escrito y lo oral, es poco lo que se ha hecho, y la desconexión entre sofisticadas teorías y escaso análisis empírico ha sido una constante, aunque no han faltado desde luego las conclusiones apresuradas sobre el tema. Algunas de ellas han vuelto a las viejas mitologías que separan lo oral y lo escrito en sociedades que ya conocen la escritura, que dignifican *a priori* las formas orales de comunicación porque descubren no se sabe qué superioridad ontológica (“raízal”) en ellas, que piensan las relaciones entre lo oral y lo escrito en términos de continuidad evolutiva y que ignoran el hecho elemental de que la América hispana pertenece desde 1492 al universo del “homo typographicus”, al universo de Gutenberg, aun cuando ello ocurra en el marco de una sociedad escasamente alfabetizada (incluso en el siglo XVIII) y a pesar de que esa pertenencia en nada disminuya la importancia de las formas de comunicación oral y sus relevos.

La segunda mitad del siglo XVIII —con sus crisis y sus transformaciones— parece ser en la sociedad colonial americana un laboratorio excelente para estudiar procesos similares a los que ha analizado en este libro Darnton, y sobre los que de manera habitual se ha pasado por encima o que han sido interpretados en una dirección que no parece la mejor.

Pensemos por ejemplo en esas fuertes corrientes de *escritura manuscrita* que se desataron frente a las reformas Borbónicas. En el Virreinato de Nueva Granada se conoció por ejemplo la aparición de versos y de coplas contra los visitadores y fiscales encargados de poner en marcha la reforma fiscal y la reforma universitaria, versos y coplas que han sido hasta el presente muy poco interrogados en los marcos de la sociedad que los produjo, y que han querido ser interpretados en función del resultado de la crisis de 1808 —como es notable en los análisis dominantes sobre la revolución de los comuneros y sobre las disputas en torno a la filosofía escolástica en la reforma universitaria—.

Así mismo, pensemos en el largo litigio de principios de los años 1790 sobre los “pasquines estudiantiles”, litigio anexo al proceso contra Antonio Nariño por la publicación de los derechos del hombre, que llevó a un conjunto de jóvenes granadinos a la prisión en Cartagena, y luego a España y a Francia, con resultados que sorprenden, en términos de su transformación en ilustrados contemporáneos del pensamiento europeo, un proceso que además marca la ruptura entre el gobierno virreinal y la “nueva nobleza ilustrada”, en principio destinada a los altos cargos y responsabilidades en el marco de la administración del virreinato. De igual manera, en la proliferación de los pasquines contra las autoridades españolas recién llegadas en reemplazo de los cargos intermedios que por años habían ocupado los criollos, que desde entonces se sentían expulsados del gobierno y control compartido de la sociedad mantenido por años, sentimiento que, sobre todo en lo que tiene que ver con los corregidores, encontró eco en muchas provincias del virreinato.

Este es un inmenso campo de investigación que se puede apoyar en una documentación relativamente fácil de localizar y que en parte se encuentra publicada. Un esfuerzo de indagación en ese terreno no solo tendría el mérito de hacer entrar en el análisis histórico importantes grupos de documentos que se encuentran por fuera del trabajo de los investigadores, sino de hacerlo al mismo tiempo con esquemas renovados y con nuevas preguntas que comuniquen a la investigación de los años anteriores a la crisis de 1808 una dinámica que nos aleje de la repetición y de la trivialización de algunas de las mejores conquistas de la historiografía de finales del siglo XX.